Seix Barral

Juan Manuel Roca

Cartas a ninguém

© 2020, *Cartas a ninguém*
Juan Manuel Roca

Imagen de portada: Juan Antonio Roda, *Retrato de un desconocido*, 7, 1971

© De esta edición: Editorial Planeta Colombiana S. A., 2020
www.planetadelibros.com.co
Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

ISBN 13: 978-958-42-8590-4
ISBN 10: 958-42-8584-X

Primera edición (Colombia): febrero de 2020
Impresión: xxxxxxx xxxxxx
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Nadie: Pronombre indeterminado.
Ninguna persona. Persona insignificante.
(Diccionario de la Real Academia española, Rae)

Nadie: en portugués ninguém, en inglés nobody,
en latín nemo, en italiano nessuno, ingen en sueco,
personne en francés, niemand en alemán, en rumano
nimeni, nikt en polaco y en todas las lenguas
del mundo lo que fuimos y seremos.

ÍNDICE

Prólogo
Los entierros
Paisaje de los héroes abolidos
La calle del error
Carta a un viejo poeta
Preparativos para el viaje
Carta al señor de Transilvania
Trazos del pintor desconocido
Mester de germanía
Al ballenero
La órden de la ganzúa
Postal del amargado
Monólogo del viejo boxeador
El impaciente porvenir
El eterno retorno
Poema de los amigos
A una habitante del subsuelo
Los jueces ocultos
Mensaje a destiempo
Carta sin sobre para el coronel
Rumbo a Comala
Razones del tamborilero
Del soldado desconocido
Los objetos
Esquela del desertor
Tienda de antigüedades
De parte del suburbio
Toc, toc

Epístola del olvidadizo
Correo del azar
Retrato familiar
Un ciego de Granada elogia su tacto
Estatua de la libertad
A un viejo polizón
Lector de San Juan
Esquela para la desconocida
Carta del intruso
A Odiseo
Más polvo que ceniza
A maese Quevedo
Silabario del cerrajero
Esquela de casi abril
La última carta
Boletín de náufrago
En el buzón del difunto
De parte de nadie
Al cónsul, bajo un volcán
San Gregorio nada
Otras señas a Odiseo
Carta sin respuesta
El día de la flauta
A los que vendrán
Obituario del incierto
Posdata
Reloj de arena

PRÓLOGO

POÉTICA CON FRAZER

...En el “Orígen de la locura en Asia” cuenta Frazer cómo una tribu que invadía a los malayos entró en contacto con una desconocida flor roja. Tras atravesar zonas desiertas y penurias, se reunieron en círculo y extendieron sobre ella sus brazos para calentarse. Tal vez el misterio de la poesía consista en convertir flores en fuego, en fundar el mito y querer atrapar el imposible.

(J.M.R.)

“¿Quién leerá estas cartas sino yo?
Anna Frank
(Diario, 7 de noviembre de 1942)

LOS ENTIERROS

(Carta desde un país que huye)

Heme aquí,
país como un viejo hampón
cansado de ver muertos,
país
que quisiera morir de viejo
como un padrino de Sicilia
entre un seto de rosas.
Heme aquí
en una bicicleta de cromo
mirando a cada lado
de la carretera
mujeres de ayer
en camino de la iglesia
y muertos que van a la ópera
con sombreros de copa.
Nada memorable tuve,
país de buenos modales
y malas acciones,
ni siquiera un abuelo polizón
escondido en un tosco barril
de kerosene. Nada memorable,
viejo país que es
cadáver y sepulturero
al mismo tiempo.
Yo enterré un árbol
en el patio de la infancia
y la infancia me enterró
la espada de madera
en una casa sin techo.
Pretendí serlo todo:
maizal y espantapájaros,

pájaro y grito,
ladrón de granos
cuyas huellas se pierden en la niebla.
Una noche roja
enterré una herida en el bosque,
era una herida mal cosida
como una muñeca Vudú
comprada en el mercado del olvido.
Viejo país enterrador,
dispensador de suaves venenos.
En horas de insomnio
entendí que hay bares
donde duermen a sus anchas
el arcángel San Gabriel,
el Flautista de Hamelin
o un cantante de blues
a quien le basta una moneda
de traganíquel para habitar
por un rato
nuestro profundo vacío.
Diste órdenes de impulsarme
al abismo, de perseguirme
con palos de escoba y una coral
de perros rabiosos, país
de dioses marrulleros. Te tengo
entre ojos hace mucho,
sé cómo escondes la serpiente
en tu bálsamo de falso paraíso.
Hace mucho
no me engañas, hace mucho
que intentas en vano
intimidarme con una legión
de perros desdentados.

PAISAJE DE LOS HÉROES ABOLIDOS

“Los trabajadores transportan
estatuas de bronce
al basurero de la historia”.

ALAN JOLÉS (COUP DE GRACE)

La historia,
como las brujas,
ama antes que nada las escobas.
A cada tanto se dedica a barrer
la estatuaria
de héroes marchitos
y efigies necrosadas:
hombres que soñaban
con la gloria
y trazaban fronteras
con su espada.
Por ejemplo,
el caudillo de todos los necios,
el payaso siniestro
al que enviaron al silencio
los partisanos de Italia.
Convertidos
en raídos transeúntes
de la historia,
entre cascos rotos
y radiadores oxidados,
quedan restos
de figuras de metal
esculpidas en países
esfumados sin remedio.

Los héroes abolidos
que batallaron
en las guerras del olvido
llegan en carromatos
a un paisaje sombrío.
Hablaban de la patria
como de sí mismos,
ahora van destinados
al salón de la infamia.
Los historiadores
los mencionan entre dientes
como quien habla
de la guillotina
en casa de Robespierre.
Al cementerio de la historia
llega una gavilla
de anticuarios. Se inicia
la subasta de espejismos.

LA CALLE DEL ERROR

(A la hermandad patafísica.)

Entre la calle de las certezas
y la avenida de la soberbia,
preferí cruzar
por la vereda del error.
Allí encontré viejos
amigos desconocidos.
Encontré al hombre
que creía posible
inventar un espejo de hielo
para las muchachas del desierto,
al que quiso caminar
en tres orillas del río,
al que pensó en fabricar
la moneda de tres caras,
al que creyó indeleble
su nombre escrito en el agua,
al hombre que quiso
dejar su cuerpo en casa
para irse de paseo
sin su estorbosa presencia.
Preferí la callejuela
de los equivocados
que el salón de las certezas.
Perseguí las confusas
palabras de uno
que pintó un túnel en un muro
de la cárcel
para ayudar a escapar a sus amigos,
al que tuvo errores de cálculo
en la fabricación
de una bicicleta de viento,

al pintor fracasado que quería
saborear con vino
el pan pintado en la alacena.
Entre la calle de las certezas
y la avenida de la soberbia,
preferí cruzar
por la vereda del error.
Allí encontré, nervioso aún,
al que quiso esconder en un poema
a un hombre a punto de ser fusilado,
al que siempre ignora qué responder
cuando preguntan “quién anda por ahí”,
al ladrón de imposibles,
al que quiso ser jinete de sí mismo
y se dio a galopar en su locura,
al que quiso colorear las vocales
y besar la lejanía,
al ciego que no declaraba
en las aduanas los paisajes
que llevaba en su tacto
y solo quería escribir un libro
hecho de olores y sabores,
al que nunca acertó con el arco
y jamás dio en el clavo de lo cierto.
Entre la calle de las certezas
y la avenida de la soberbia,
preferí cruzar
por la vereda del error.
Allí me encontré viejos amigos
que solo leían en los libros
el colofón de las erratas.
En todos ellos
hay más verdades
que en los hechos comprobados
de nuestra estúpida historia.

CARTA A UN VIEJO POETA

Escribir versos
se ha vuelto un embrollo
desde que supimos
que entre una línea
y la que viene
hay un abismo.
Desde que supimos
que no basta esparcir
trampas ni carnadas
para cazar palabras
que intentamos
hacer nuestras. ¡Ah!,
pero qué bien la pasaban
los viejos poetas como Darío:
escribían en jardines
poblados de diosas,
de estatuas griegas
y rosas de bronce.
Podían llenar la página
con voces y citas
de hombres venerables,
con aleteos de ángeles
venidos del Paraíso,
un movedizo lugar
que al vernos llegar
huye con espanto
como si fuera un espejismo.
Un azor o un gerifalte,
unos vistosos
pájaros de alcurnia
volaban en los poemas
de los viejos poetas.
Según parece

les traían noticias
de otro mundo,
vagas razones de parte
de la brumosa lejanía.
Nunca logré saber
cómo hacían
los viejos poetas
para que una montaraz
mesonera,
en vez de un cucharón
o un tallo de apio
agitara en sus versos
un cetro de plata.
Qué desgracia
de poetas somos ahora,
sin el don de Darío
y de los viejos
capaces de trocar
buitres en cisnes,
orfanatos en alcázares,
chimeneas fabriles
en barcos de vapor.
Escribir versos
se ha vuelto un embrollo
desde que supimos
que entre una línea
y la que viene
hay un abismo.

PREPARATIVOS PARA EL VIAJE

Una carta a Hans Brünner

Si decide
venir a mi país
no se desaliente ni haga caso
a quienes recomiendan
no hablar con desconocidos:
el desconocido es usted.
Haga caso omiso
y salga de noche
sin avisarle
a su ángel de la guarda.
No atienda al blandebiblias
que le da un puñado
de bendiciones:
tapone de música sus oídos.
No es cierto que acá
las puertas de emergencia
sirvan para entrar
aunque no tengan salida.
Viéndolo bien,
quizá sea mejor que no venga.
Podrá morir en paz,
de vejez y aburrimiento
en un parque silencioso
de algún cantón de Suiza.

CARTA AL SEÑOR DE TRANSILVANIA

Salud, lejano,
melancólico conde
de vuelo enamorado,
por acá cruzan doncellas
de largo cuello
y yo sueño con entrar
en las noches
por los blancos ventanales
de estas damas
a su vieja usanza,
a su inconfundible estilo.

Confieso que más que temido,
siempre lo he envidiado.

Le doy cuenta de mi envidia:
siempre quise ser
espigado caballero
envuelto en una capa
cultivando rosas
en un castillo de Rumania,
fingido Rilke
abonando la flor de mis silencios.

Los profesores, estoy seguro,
los acuciosos profesores
dirían de mis versos:
la capa simboliza la noche,
la rosa, la sangre
derramada en Transilvania.

Pero no:
vivo en un país carente de misterio

donde no hay coches
sin cochero en el pescante,
esos coches que conducen a Nadie
por el bosque, mientras se oye
el resollar de los corceles.

En cambio, a usted
le gustaría este lado de la tierra:
todo es sombrío, estamos a punto
de enterrar la risa y decretar
la abolición de los cristales
porque acá la realidad es un vampiro:
nunca se refleja en los espejos.

Y algo más: no tenemos
un mercado de estacas
para clavar en el pecho
de los muertos
pues ellos gobiernan a su antojo.

Venga a nuestra ronda nocturna,
venga antes de que la tinta
de los diarios se coagule.

TRAZOS DEL PINTOR DESCONOCIDO

A esta ciudad le falta un ojo.

Es una urbe tuerta,
que solo atiende
un costado de la realidad:
las amplias avenidas
y el blanco
bulevar de los mediocres.

El poder y la inocencia
son de signos opuestos.

Soy
de la misma calaña
de los grandes
anónimos
del renacimiento.

A pesar de la falta
de talento,
soy de la legión
de los orfebres
que llamaban al oro
sudor del sol,
un cortejo invisible
que no podría visitar
sus piezas,
clasificadas y expuestas
en las vitrinas
de un Museo.

Otro como yo,
un Nadie italiano

pintó madonas y ángeles
que nos miran desde
el fondo de la noche
sin mirarnos.

Si quisieran
levantar un monumento,
la tumba
del pintor desconocido,
necesitarían
una necrópolis entera.

MESTER DE GERMANÍA

En el cepo de los rufianes
se aparean nuevas palabras
como ratas que roen
las paredes del lenguaje.
Un diccionario de sombras
emerge con ellas
en la voz de los parias.
A un poeta patibulario
decidimos entregarle
la ganzúa de la ciudad.
Pronunció algunas palabras
en germanía clásica
y algunos festejamos
que no llamara
las cosas por su nombre.
Recuerdo el estupor
de los viejos poetas
que esperaban un madrigal
mientras espiaban el alba.

AL BALLENERO

Capitán Ahab
Barco Pequod
Mar del Sur.

Intentar
la caza de una ballena
parece una feroz
persecución
del pasado.
Ya ha olvidado
la oración de Jonás,
el santo patrón
de los balleneros
vomitado a una playa
mientras Dios
daba cuerda, daba cuerda
al oleaje del mar.
Su vida parece una barca
desfondada, un Pequod
dolido y doliente,
construido
en los astilleros
de otro mundo.
Un catalejo es su tesoro,
un catalejo de cobre
para divisar un surtidor
de lejanías.
Es dura su cara, Capitán,
es un mascarón de proa
que por muchos años
no recibe la visita
de una leve sonrisa.
Lo suyo no es

la etología, Capitán.
Orcas, marsopas,
cachalotes, huidizas
yubartas,
la ballena de joroba
que es como
un Quasimodo de mar,
la ballena de panza de azufre
y la de lomo de navaja
que según su historiador,
el también huraño
y agreste señor Melville,
elude con sigilo
“tanto a los cazadores
como a los filósofos”,
no serían buenas presas
para saciar su venganza.
Solamente
Moby Dick se zambulle
en las aguas turbias
de sus sueños. Es una sola
y catedralicia ballena
blanca que le dejó
una pierna humana
y otra de marfil
con la que parece marcar
las horas tumultuosas
de su paseo por el barco,
una sola pierna
que le da,
no se ofenda, Capitán,
un aspecto de árbol seco
o de raro pajarraco. Lo suyo
es una trata de blancas
con la muerte.
Y arponear. Y lancear.
Y otra vez
arponear y lancear.

El blanco de la ballena
brilla como una hostia herida.
¿Cuántas veces
en su camarote habrá pensado
que Dios sea un leproso
que se esconde de usted,
que se oculta
de Nadie y de Ninguno?
Es la suya una nave de locos,
un barco en cuyo mástil
flota la bandera sin color
de la locura. Ese trapo
que conversa con el viento
será picoteado, una y otra vez,
por un halcón de mar,
por un oscuro pajarraco
que verá hundirse el Pequod.
Con él, madero frágil
para el golpeteo inclemente
de un cetáceo, se irán a pique
su tripulación y su soledad
y usted mismo, Capitán Ahab,
usted mismo hará una danza
muda entre corales y medusas.
Es triste. Es doloroso. Y
nuevamente triste. Cuando
se apacigüen las aguas inocentes
como si se meciera levemente
una cuna, usted y sus feroces
marineros serán carne de olvido,
un cardúmen de muertos.
Por su alma, por su aturdida alma
atravesada por ventiscas
o huracanes, entono la oración
de los arponeros y enciendo
una lámpara de aceite
en mitad de la noche que se hunde.

LA ÓRDEN DE LA GANZÚA

(A la espera del poeta)

No,
no le entregaremos
las llaves
de nuestra ciudad
ni la vieja clepsidra
que gotea
un vino añejo.

Le daremos
a cambio
una ganzúa,
la sombra movediza
de una rosa de nieve
envuelta en el paisaje
de su olor.

A lo mejor
el esperado
se llame Godot
y tenga por costumbre
golpear
puertas sin casa.

De otra parte,
no es seguro
que llegue.
Hace mucho
no tenemos
visitas de parte
del milagro.

POSTAL DEL AMARGADO

Una guía de París
atiza su voz de primadona
frente a una tea
encendida.

La señala
con manos de nieve
y ojos de añil
para revelarnos
un secreto:

“Esta es,
señores y señoras,
la tumba
del soldado
desconocido”.

La frase
suena como
si le impusieran
galones y medallas
al vacío.

Un viejo y amargo
hábito
de querer aguar la fiesta
de los héroes
me hace pensar
que no hay tumbas
del herrero
desconocido,
del tahúr
o el boxeador

desconocidos,
del ladrón olvidado
o la mesera
que sirve en la terraza
unas copas de bruma.

Menos aún
levantan la tumba
de un poeta desconocido
que viene a París
de remotas provincias.

Huyo al punto
del dócil grupo
que reúne
un viejo retratista.

MONÓLOGO DEL VIEJO BOXEADOR

Mi envejecida sombra
se niega a seguirme por las calles del barrio.

Creo que ahora soy mi propia sombra,
una silueta dibujada al carboncillo.

Debo recordar que nunca pude ser
ni siquiera un buen prójimo de mí mismo.

Mi obediente sombra se aburrió
de seguirme como un paje obediente.

Cuántas veces la conduje a lugares enfermos:

Velorios de ladrones, cenas de tahures
y bodas de vírgenes necias.

Mi sombra ha pasado de sierva a gobernanta.

Es más ágil que yo. No tiene arrugas
ni en su traje ni en la frente.

Soy, a decir verdad, más sombra que cuerpo,
más ayer remoto que incierto presente.

Mi sombra no repite mis golpes secos
al saco de arena.

Parece que olvidó el aire invencible
del que fui, efigie de bronce,
un brazo en alto y un rival en la lona.

Mi desgarbada sombra calzaba

guantes más negros que mi infancia.

Espejo negro, primate de organillo,
bailaba al son que le tocara.

Ahora ha decidido jubilarse de mi cuerpo.

Es la hora del lobo. Recibo una guarnición
de burlas en el barrio,
excesivas aún para un viejo boxeador
que lanza un surtidor de golpes al aire.

Antes, para deshacerme de mi sombra
entraba a un río, iba a un cine, cruzaba un túnel,
o encendía en la casa la lámpara de la oscuridad.

Ahora es ella quien se niega a seguirme.

La he visto sentada en mi sillón
mientras salgo a pasear mi soledad
por la calle de los que fueron.

Creció conmigo. Se hastió de mi camino.

De la fabela al salón de la fama,
del salón a un luminoso palacete,
del palacete al parque de las agujas,
del parque al hospicio,
mi sombra se cansó
de ser mi canpanera jorobada.

Cuando las sagradas familias
del bulevar de los necios
me arrojaban sus perros guardianes,
ella corría mejor suerte que yo.

No se necesita saber de animales
para aprender que la sombra de un perro de caza
solo logra mordernos los talones

cuando ya somos la sombra de una sombra.

Vivo un último combate.

Mi sombra me acorrala
en las cuerdas de un vallado
y me arrastra hacia la niebla.

Ah, pronto seré viudo de mí,
me liberaré de su sonámbula presencia.

EL IMPACIENTE PORVENIR

Cuando llegué,
el porvenir
se había largado
aburrido de mi tardanza,
así que perdí la ocasión
de conocerlo y preguntarle
por qué huye de mí
como si fuera la peste.
No pude preguntarle
por qué demonios
no visita mi país,
un poblado que lo espera
en medio de estaciones
desahuciadas
y catedrales de sal,
un paisaje
de vagones jubilados
de la empresa Godot,
cansados de perseguir
la huidiza lejanía.

EL ETERNO RETORNO

Voy solitario por la carretera
en una bicicleta azul cobalto.
Diviso, al disiparse la niebla,
a otro ciclista que sube la cuesta
con una sufrida lentitud.
Apresuro el pedaleo,
lo alcanzo y me sorprendo
al ver que el ciclista
me lanza una mirada poco amigable
y me saca la lengua
en un gesto que asumo
más de desprecio
que de cansancio. Parece a punto
de bajarse de la máquina
y querer arrojarla en un rastrojo.
Lo que más me sorprende
-y aterroriza- es advertir
que el viejo pedalista soy yo,
así que sigo de largo
y redoblo el pedaleo.
Al tope de la montaña
volteo a mirarlo: ya es una
silueta distante que agita un guante
antes de perderlo de vista.

POEMA DE LOS AMIGOS

Aún sin estar,
permanecen en la silla vacía
y nos acompañan
como una sombra blanca.
Cualquier día,
ante una celda de hormigón,
alguno llega,
dibuja una fisura en la pared
y filtra una bocanada de aire.
Los amigos
aparecen de repente
en la hora del lobo,
nos arriman una barca
que transporta otras orillas
y volvemos, sin saberlo,
al viejo oficio
de zurcidores de alas.
Cómo nos ayudan a amoblar
la soledad,
a despoblarla de fantasmas.
Qué manera de invadir
nuestra memoria,
como quien entra en el sigilo
de una Troya adormilada.
A veces regresan
en los trenes del exilio,
desde un país con multitudes
de un solo hombre,
con religiones
de un solo feligrés
y rumores de flauta.
Aparecen sin permiso
cuando ladra la jauría

y los perros que miden el vacío
se agolpan en torno de la casa.
Aparecen en la hora
de la emboscada y la ponzoña,
como una sombra blanca.

A UNA HABITANTE DEL SUBSUELO

Querida Alicia
Madriguera del Sueño
País del Nonsense.

A lo mejor, entrar a la boca de una madriguera
sea la posibilidad de hacerlo en otro mundo.
A lo mejor solo quiere engullirla para conocer
en persona la inocencia. Estar en el vientre de la tierra,
en las terrazas del subsuelo, para nosotros que tenemos
feroz apetito de cielos, es un reencuentro con el sueño.
Somos, tal parece, como esos personajes que deben andar
en puntillas
en los sueños pues si despiertan al soñador desaparecen.
Le escribo como usted escribía notas
a su pie derecho cuando su cuello se plegaba y desplegaba
y emergía en el aire como un periscopio.
Le escribo a su inalcanzable lejanía.
Mire que nadar en un océano de lágrimas
más saladas que el mismo mar, y bracear como náufraga
sin una isla en la mira, es algo que me recuerda a mi país,
sus islotes que huyen, sus lagos de llanto. Hay gentes,
muchas gentes que mueren ahogadas en su propio
lagrimeo y al borde del último gorgoteo
arrojan botellas con mensajes de emergencia, botellas
que anclan en las orillas de un pañuelo. Hay lagos
donde pueden practicarse competencias de regatas
con canoas que se deslizan en un oleaje de lágrimas.
Hay piscinas de llanto donde los niños aprenden a flotar:
acaso preparemos las Olimpiadas del llanto.
No todas esas cosas afloran a la superficie de un espejo,
es subterráneo este mundo sin sentido, incongruente
como el mundo del loco sombrerero, un mundo
que en su aceptación silenciosa barrena

como el domador de espejos barrena la realidad. Pequeña Alicia, a lo mejor no valga la pena despertar al lirón.

LOS JUECES OCULTOS

Me acusan
de haber sido
un ángel de alas necrosadas,
de no tomarme a tiempo
las grajeas
del collar de la muerte.
Me acusan
de ser el reo, el testigo,
el jurado y la defensa
al mismo tiempo.
Me acusan
de codearme
con gente inconfesable,
personajes patibularios
de una novela rusa,
amistades
invisibles y peligrosas:
zahorís, anacoretas,
poetas desobedientes,
relapsos e interdictos.
Me acusan
de respirar sin permiso,
de no tocar a sus puertas,
de no portar la credencial
del último verdugo.
Sé que mi cuerpo
ha tenido
por costumbre seguirme
como un perro faldero
a todas partes.
Sé que tienen pruebas
de que vuelvo
a la casa de la infancia

a forzar con ganzúas
los recuerdos
y que siembro en soledad
las flores blancas
del silencio.
La verdad, señores del jurado,
prefiero la condena perpetua
a tener que explicar
mi asco ante sus bocas,
mi tedio ante el estrado.
No tengo
más coartada
que la vida.

MENSAJE A DESTIEMPO

(Entre Argel y Adén)

Fundado
en viejos tiempos
de camaradería,
Germán Nouveau
le escribe a Rimbaud
una carta que viaja
de Argel a Adén
con beatitud de nube.

El buen Nouveau
no tuvo respuesta
del amigo que iba
por el mundo
fijando vértigos
y dibujando su sombra.

A lo mejor
no obtuvo respuesta
por el mal servicio
del correo del azar,
porque el mensaje
le llegó a su otro
o no recordar
que el domicilio
permanente de Rimbaud
era su cuerpo.

Nouveau
no tuvo respuesta
y debió pensar
en un ceño adusto

y en su agrio talante
esquivo a las lisonjas.

Debió devastarlo
el motivo del silencio,
un tanto

más rígido y severo
que sus pensamientos:

Rimbaud había muerto
dos años antes
de enviada su carta.

Había colonizado
el secreto jardín
de los deseos perdidos.

CARTA SIN SOBRE PARA EL CORONEL

(Calle de los Tenderetes, orillas del río)

Un día soñé
que un gallo picoteaba las estrellas
como si fueran granos de maíz
y pensé en su pueblo ardiente,
en su eterno paraguas
para soles y lluvias, en usted
que vive enamorado
más que del arribo de una carta,
enamorado de la espera.

Cruel oficio vivir
esperando un trozo de lejanía,
envuelto en la quietud
de un poblado cuyos domingos
deben durar más de ocho días.

Se diría que todos los días
llega un bote al embarcadero
y le trae cartas de Nadie.

Las guerras civiles, esa sucesión
de guerras de a caballo,
a una de las cuales fue tremolando
una bandera de telas de araña,
dejaron en los campos más lisiados
de espíritu que muertos.

Si me permite expresar mi opinión,
la heráldica de sangre que comporta
el sueño del gallo, su cresta de coral
y sus aires de cacique

emplumado del gallinero,
solo le vendría bien a una dignidad
sin otros blasones
que los de un monarca sin vasallos,
como los del tirano Lope de Aguirre,
que era el rey de su pellejo,
rey de su locura en tierras de Nadie.

Ese gesto de amarrar
un gallo espuelero a un árbol genealógico,
a un pasado guerrero,
¿cree que podrá salvarlo
de caer en los abismos que habitan
los platos y soperas
a los que no visita alimento distinto
a un hervor de piedras
y un sarro de metal?
¿No resulta inútil
como taladrar en el agua?
¿No es bailar en la oscuridad
del solitario? ¿No es recibir
como único y brutal estipendio
la mitad de la nada?

¡Ah!, ilustre coronel en desuso,
aturdido huérfano de su hijo
capaz de llevar bajo la capa
de su orgullo un reloj de pared
que siempre da la misma hora
de la espera. Al fin y al cabo,
bajo un almendro o bajo
la sombra de un tamarindo,
bajo los nísperos o en medio
de frondosos zapotales,
en esos pueblos ribereños
siempre son las 12 del día.

Las 12 del día al amanecer

de los caballos, las 12 del día
a la hora de la serenata,
las 12 del día del ángelus,
las 12 del día de los hervores
lejanos en las cocinas,
las 12 del día del aire,
las 12 del día para los girasoles
de la noche, las 12 del día
que se riegan por las negras
cabelleras de las aguadoras,
las 12 del día de los ladrones
de ganado, las 12 del día
y su eterno sopor
a todas horas, las 12 del día
cuando las mujeres lavan
la flor de su vientre,
las 12 del día con su caravana
de horas lentas como dromedarios
que llegan cargados de nada
al embarcadero, las 12
para la resurrección y la muerte.

Su tristeza es de facto, coronel.
Su tristeza se ha tomado
el gobierno de sus años. La risa,
la vida y hasta la luna de Manaure
están en cuarentena.

Tuérzale el cuello a su gallo,
deshoje su canto, desplúmelo
como a un heroico guerrero
de las batallas del olvido.

Yo regreso a sus parajes y lo veo
agazapado tras las fisuras
de sus palabras, tras los recados
que usted mismo se entrega,
admirable coronel,

obediente subalterno de sí mismo.

Yo lo veo caminando en su cuerpo
como si sus huesos fueran
un viejo campo de rehenes.

Reciba de mi parte la medalla
de la dignidad, coronel,
la orden de la espera en primer grado
y un almanaque de olvidos.

RUMBO A COMALA

Usted,
don Juan Nepomuceno,
me enseñó
que hay lugares sin mapa,
feudos de Nadie.
Comala es uno,
un reino fantasmal
de huellas sin pisadas.
También lo es
la tumba de agua
del capitán Nemo,
del capitán Nadie,
un alias clásico
escamoteado del latín
para esconder lo que fuera
un oscuro pasado
y un heroico presente.
Perdone mi insolencia,
don Juan,
pero algo en usted delataba
su vocación de Nadie.
Con pasaporte de Comala
y licencia de otro mundo
he viajado por países
y parajes inciertos.
Acá se lo cuento:
un día de verano
visité en Nueva York
la oficina de un escribiente
de nombre Bartleby,
un raro bicho
cuyo invencible no-hacer
deberían tomar como divisa

los Nadies del mundo.
A Spoon River llegué
en el tren del azar,
llegué
entre ladridos de perros
que comparten el mismo
idioma en todo el mundo.
Allí vi en la colina
una larga mesa
bien dispuesta,
un mesón de platos vacíos
y sillas sin gente,
un banquete servido
un domingo de difuntos.
Me pareció
percibir entre la niebla
una voz lenta y clara,
semejante al silencio.

RAZONES DEL TAMBORILERO

Señor y niño
Óscar Matzerath
Sanatorio de la Bruja Negra.

Afuera es de noche.

Cruzan las tropas del miedo,
¡toque sin descanso su tambor!

La muerte baila un vals
en los salones de Alemania,
canta un himno en los estadios
y tras los jarros de cerveza
asoma sus cuencas vacías.

La muerte ondea una bandera
y un signo negro como una araña.
Para callar las letales arengas,
¡toque de nuevo su tambor!

Cruzan
las tropas del miedo,
una legión de muertos
que extienden sus brazos
como los perros callejeros
que levantan
sus patas para orinar
en los hidrantes,
con una gran solemnidad.

Afuera es la noche,
¡Toque su tambor!

Ah,
Si vendieran en las tiendas
tambores para no crecer,
el mundo sería más grande
y menos tenebroso.

Tóquelo
y grite desde un puente.

Caerán vidrios quebrados,
lunas de cuarzo
y frascos de perfume,
habrá un gran estruendo
en Bohemia y Baccarat
al conjuro de su voz,
porque sus gritos
son el canto vitricida
de un Caruso deforme.

Ser enano
tiene su alta
cuota de sacrificio,
volverse actor
de vaudeville
o pequeño clown
uniformado de nazi
amerita
otro grito en el espejo.

Me dice
el señor Grass
que usted trabaja ahora
en tinglados de feria
o en oscuros teatrinos
y que ha conocido
una mujercita menuda,
envuelta en un olor

de canela.

En el Museo del ruido
una placa de hojalata
recordará su paso.
En el Museo de los tercos,
junto a la estatua de Sísifo,
los niños cantores
llevarán tulipanes
a su pequeño monumento.

Siga tocando su tambor.

DEL SOLDADO DESCONOCIDO

Madre,
échame un puñado de proyectiles
en el morral
que me voy para la guerra,
pon un poco de arroz
que yo pongo mi miedo.

Llevo una provisión de cicatrices
para repartir al enemigo.

Ya
alisté la camilla de lona del abuelo
en la que regresó
cargado de medallas y de heridas.

Madre,
un regimiento de sombras huye
de sus cuerpos,
no miran
las sobras de país que van dejando.

Te lo aseguro, madre,
llevo mis mejores heridas puestas,
mi carnet de desertor de la vida.

Échame,
échame un poco de yeso en el morral
para adelantar mi mascarilla.

LOS OBJETOS

Un marco sin retrato
o sin espejo,
un atril sin partitura
para piano,
un bodegón
de herraduras sin caballo,
acaso describan en silencio
la heráldica del desconocido.
Un filósofo
me asegura que el espejo
de Inmanuel Kant,
conservado en el vestíbulo
de un anticuario de Prusia,
es muy crítico
y no confunde
vacío con ventana.
Ah,
pero los espejos
resultan indiferentes
a quien se asome
a su frío de Laponia.
A decir verdad,
los tiene sin cuidado
su indolente espera,
su falta de eco,
la dualidad
entre continente
y contenido,
el vacío reinante.
Es como si todos
los viejos conocidos
estuvieran de viaje.
El espejo sin dueño

no echa de menos
ni siquiera
a la bailarina
de ojos de miel
y boca de herida
que acostumbraba
darle besos al aire
y menos le importa
si murió del corazón
o vive en La Florida.
El atril vacío
recuerda que su dueño
fue un músico
que ahora interpreta
el vals de los ausentes.
El armario atesora
prendas en desuso,
sacos de solapas anchas,
corbatas de papiro
y camisas de raso.
Hoy la moda es
parecer otro,
tener un buzón
con el dibujo
de una paloma mensajera
y colgar en la sala
un documento autenticado
que certifique
una indudable existencia.
Recuerdo que mi abuela
guardaba en un baúl
la foto de un paisaje
llovido, incierto,
un lugar de su memoria
expropiado
por las manos de Alguien.
No es que
me haya vuelto

desde entonces
contabilista de vacíos,
pero veo
que su población
crece sin control,
sin control
y sin remedio.
Esto me anima
a responderle
a la muchacha herida
como un tango
cuando afirma
con voz pedregosa
que ninguno la ama,
que a lo mejor esté hablando
de una legión
de sombras furtivas
que un día la soñaron.

(A Valeria de Nadie.
En Cienfuegos)

ESQUELA DEL DESERTOR

Deserté
de los barcos mercantes
antes de conocer el mar.

Era sal en mis heridas.

De la arquitectura deserté
porque no enseña
a construir ruinas romanas.

Era negarle a la casa
su vocación de huella.

Abandoné las banderas
cuando empezaron
a servir como mortajas.

TIENDA DE ANTIGÜEDADES

Tiene algo de Morgue.
Pero más, mucho más,
de belleza marchita.
El señor Klein
se pasea entre bastidores
y sacude con un plumero
de pájaros en extinción
las alas sucias de una muchacha
medieval
quemada por bruja. Una brújula
señala el punto donde abolieron
el Paraíso.
Un almacén de antigüedades,
dice el señor Klein, es como una bodega
de sueños marchitos,
como la voz del gramófono
que musita la palabra eternidad.
La llave
de la ciudad que recibió un poeta
del XVIII,
"fue acuñada en una nación
que ya no existe
pero tiene inscrito su nombre
taraceado en un metal desconocido".
El señor Klein
no presume de los tesoros
de su almacén, de ese arsenal
de objetos que en su heroísmo
sobrevieron a sus dueños.
Qué singular
resulta una medalla al mérito
de un país extinguido,
de un lugar ubicado al Este

de la nada.
Es como encontrar una palabra
abolida por millones de labios,
una palabra guardada bajo llave
en una caja sin valor. Es como
viajar por sueños y países abolidos.

DE PARTE DEL SUBURBIO

Edith, somos hijos del desastre.
Bajo tu desnudez escondes
un misterio que no entregas,
unos huesos
acostumbrados a visitar dispensarios,
a frecuentar
ambulatorios para gorriones heridos
por los duros perdigones del granizo.

Edith,
niña enclaustrada en ti misma
al cobijo de las muchachas del burdel
o bajo la carpa de un circo
que inaugura el verano.

Desde un rincón del aire
miras las contorsiones
de tu padre ambulante,
un sin nada que fue a la guerra
y que aprendió a ejecutar
los saltos sin malla
ni redobles de tambor
que ejecutaba el hambre.

El hambre, Edith Piaf,
que viaja de polizón bajo tu abrigo.

Vuelve a darle el tono
a las esquinas grises de París
y a la nada de mi nada.

(Barrio Latino, París, 1994, Bogotá, 2019)

TOC, TOC

Toc, toc,
toca a tu cuerpo de anciano
el muchacho que fuiste.
Toc, toc,
golpea en tu piel
de pergamino destemplado,
toca en vano
el aldabón de tu pecho
como quien acude
a un caserón deshabitado.
Toc, toc,
el mancebo
que habitaba en ti,
el rapaz
de frente de porcelana
que echaste de casa
porque pedía
que lo llevaras a la fiesta,
timbalea sus nudillos
en tu cabeza de estatua.
Te recuerda que preferiste
quedarte en el viejo sillón
del vestíbulo,
frente a un libro de viajes.
Toc, toc,
el impaciente joven
vuelve a palmotear
y a preguntarte
si dentro de tu calcárea armazón
hay alguien que aún sueñe
y descienda corriendo la colina
al encuentro del río.
Toc, toc,

quisiera aceitar tus bisagras,
tus goznes para abrirte
y escudriñar en los rincones
si algo de sí
aún se esconde de los años.
Toc, toc,
el muchacho que fuiste
no encuentra el santo y seña
del regreso a casa,
ni la banda sonora
que acompañaba sus tardes.
Toc, toc,
no le gusta el sonido
de goteras sobre un cajón,
el eco apagado
de su voz que pregunta
inútilmente
quién anda por ahí.

EPÍSTOLA DEL OLVIDADIZO

Señor,
se me enredan tiempos
y lugares.
No logro precisar
si me negué a la guerra
por falta de puntería
o por ahorrarle
municiones al enemigo.
Señor,
se me enredan
los pasos perdidos
y los del baile.
No recuerdo
el nombre de la muchacha
que por carecer de belleza
se asomaba al rostro
de su grácil hermana
y la imaginaba su espejo.
Olvido
el nombre del paria
que conocí
en el tren Transiberiano,
pero era manco, creo,
portaba una Kodak
en su cuello, creo,
y tenía
un tío aventurero
en Galveston
o en una vieja pulpería
de otro mundo.
Mi memoria flaquea,
Señor,
confundo la catedral

y el matadero.
No recuerdo el nombre
del mesón donde servían
sopa de lluvia
a los mendigos.
Todo se me enreda,
como si en la misma
embarcación vinieran
lazarillos y astrólogos,
partisanos y fascistas.

Mi madrastra es el olvido.

México, noviembre 17 de 2015.

CORREO DEL AZAR

El que fui
es de la misma materia
de los muertos,
pero aún así
no le llevo rosas
a su tumba.
Fue extraño ser
alguien que perseguía
la mañana
para verla partir
como un avión de carga
hacia el pasado.
En una larga carrera
de relevos, el que fui
le entregaba la posta
a otro que sería
y dejaría de ser
con la velocidad
de un galgo.
No sé, en verdad,
a quién de los que fui
y que hoy es de la corte
de Napoleón,
de Adán antes y después
del barro,
de Hamlet
o de Nadie,
escribir una carta
tan inútil como
un viejo calendario.
Tal vez le escriba
al que fui
un domingo de 1970:

era un muchacho
que se despertaba
para asomarse a la voz
de Casandra,
alguien que ya sabía
que los que fuimos
en ese hotelito blanco
seríamos sin remedio
de la familia
de Nadie.
El cortejo
de los que fui
se hundió
en las esquirlas
de un espejo roto.
Yo era un dechado
de dudas entonces
pero pensaba
que un auténtico escritor
es el que teniendo
una prótesis
se presenta
a una carrera de fondo
que no tiene meta
y que Nadie lo espera
con un ramo de nada.
Quizá le escriba
al que fui en 1980,
un despistado
que no contaba
como otros
dinero ante el espejo
para hacer
doble su fortuna
y que dejé de ver
al dejar de frecuentar
su dudosa compañía.

RETRATO FAMILIAR

El niño que fui
se asoma a mi espejo
y me saca la lengua.

(A mis primeros 70 años).

UN CIEGO DE GRANADA ELOGIA SU TACTO

(El Albaicín)

-¿Ciego?
--Solo soy ciego en invierno cuando calzo unos guantes.
Lo decía y acariciaba una naranja.

Granada, España, mayo de 2011.

ESTATUA DE LA LIBERTAD

(Postal rota para W. Whitman)

Su antorcha congelada
y su brasero de cobre
señalan la parálisis del sueño.

La gran dama
solo se cruza de brazos
a la hora de los linchamientos.

Gaviotas
borrachas de petróleo
rondan
su diadema de cobre,
prisionera del metal.

Los guías repiten
cada hora
que ella custodia
para siempre el horizonte
como si fuera
cincelada en los astilleros
de Dios.

Portentoso
y milagrero
Walt Whitman,
orgullo de Long Island,
ruda mescolanza
de sátiro y cuáquero,
ni se le ocurra
asomarse a este paisaje
donde gorgotean

sus sueños.

Las aguas residuales
y las alcantarillas
de Manhattan
ocultan la última brizna
de hierba
bajo una luna de metano.

Perdiste tu tiempo,
pendenciero camarada
de pecho sin esquilmar,
perdiste
tu paso remolón,
fantasma
sin oficio conocido.

La libertad no es salvaje,
padre grave y sentencioso,
cochero de carruajes blancos,
hacedor de milagros.

La libertad
es una estatua
a la entrada del museo del mar.

A UN VIEJO POLIZÓN

(Al que fui cuando niño)

El niño que fui
visita un estadio solitario,
la luna desciende
las graderías como un balón
y en el campo verde
juega a todo trapo
nuestro equipo fantasma.

Oigo caer un Niágara
de vacíos,
miro las estrellas
y alguien me dice
que no te puedo encontrar
porque en un juego doloso
quebrantaste las reglas
para esconderte
en lo que el señor Michaux
llama la tumba de la infancia.

Correteas por
un zaguán de mi memoria,
estoy a punto
de tocarte la espalda,
pero ¡qué va!,
no logro alcanzarte.

Agito la camisa
roja del equipo
como un estandarte
a ver si te animas
a volver a reclamarme

el pase que no hice
en el minuto 40
del segundo tiempo
de una tediosa tarde.

De qué me sirve
jugar al ensalmo,
disponer las palabras
como quien manipula
una ouija, jugar al medium
para que visites este cuerpo
cada vez más holgado,
un corpachón
donde podrías nadar
a tu gusto.

De qué me sirve
hablar de la niñez
del relámpago,
del estruendo del rayo
y su inmediata despedida.

No sé bien
dónde andas,
desahuciada niñez.

Acaso te escondas
detrás del madroñal,
en el solar de los Garcías,
en los bultos de harina
del granero de Lucas,
tras los vestidos colgados
en la terraza
de las vírgenes necias,
o debajo del Ford 53
abandonado
en un baldío de Otrabanda.

Aunque
seas embajador de la sombra
en el Reino de Nadie,
aunque poco te importe
haber vivido en mí
como un desolado polizón
o un viajero de paso,
debo decirte que a veces
me visitas sin aviso,
que eres buena compañía,
alguien que acude a mi boca
y me salva de morir
de aburrimiento
en la cena de los solemnes.

LECTOR DE SAN JUAN

En una cárcel
de Chile,
un prisionero
me dice con aires
de cómplice
que todas las noches
escapa del presidio
leyendo a San Juan
de la Cruz
sin que le apliquen
la ley de fuga
o le aumenten la condena.
Yo, que estoy
en deuda con la
fe en el poema,
le creo y envidio
su celda sosegada.
No he oído
un mayor elogio
de la poesía desde
que Gonzalo Rojas
-un paisano del reo-
nos narró
sus fornicios
con la palabra.

Para Luis Fayad
Bogotá, julio 22 e 2012

ESQUELA PARA LA DESCONOCIDA

Mi amigo Jamís
estuvo enamorado de una mujer
encargada, como una conserje
incansable,
de guardar las llaves de la noche.
Muchas veces
me quedé encerrado en la intemperie
y no encontraba las llaves
de mi casa, talvez por un descuido
de esa mujer que escondía
su llavero en la niebla.
No conozco la dueña de los cerrojos
pero quiero dejarle
en las cerrajerías de la ciudad
una esquela que diga
que aunque no exista más
que en el sueño de un poeta
me niego a despertarla
con estruendo de trancas y candados.
Sé que es hermosa
como la viuda de Nadie,
que no tiene sonido su voz,
dueña del sigilo
y de un paisaje nonato.
Sé que esa mujer no nació en Berlín
ni en Beirut ni en Oklahoma
ni en un callejón de Zacatecas.
No hay cartero
que llegue al domicilio
de la viuda de Nadie
ni a la casa de la mujer
que el poeta espiaba de noche.

CARTA DEL INTRUSO

Lo mismo da deslizar la carta bajo la puerta de una casa vacía
que dejarla doblada en la caja de cedro de alguna funeraria.
Una carta de pésame o de cobranzas que no espera respuesta
es como el mensaje del náufrago que conquista una playa,
un mensaje deshecho y a pedazos,
un mensaje al antojo de las olas que han borrado
a medias su nerviosa grafía, un silabario
escrito con insectos o arabescos de alguna lengua muerta.
Esta carta dirigida a Nadie -o a todos- no deja en claro
el lugar del mundo donde el náufrago se atedia, la latitud de su abandono
ni la fecha de vencimiento de sus pasos. Menos aún
sus señas particulares o su incierto domicilio. Ni siquiera deja pensar
cuántas botellas vacías acumula en su bodega de adioses.
Lo mismo da escribir una esquela
a una dirección elegida al azar en el directorio telefónico
de una ciudad que solo se conoce por su nombre,
que escribirse cartas
a sí mismo, al desconocido que vive de intruso
en nuestros huesos.
Lo mismo garabatear palabras de amor a la desconocida
o a lo mejor, como el suicida,
escribirse a sí mismo una carta de despido del mundo
y jugando al gran señor decidirse a borrar un nombre,
a expulsar un rey depuesto y convocar los señores de la nada.
Nadie recibirá la carta del intruso, la esquela del incierto,
la misiva de una nulidad que pregunta por un reino sin lugar.
Lo mismo le da meter la carta bajo la puerta de una casa
elegida al azar, que deslizarla en los labios de una herida,
en un buzón de hojalata,
en la alcancía puesta bajo un santo en la iglesia de Lourdes,
en las páginas sucias de un libro de quejas, en la urna electoral

o arrojarla a la chimenea donde danzan las diosas del fuego.

A ODISEO

A lo mejor, o a lo peor,
usted haya encallado
en una isla dorada,
atrapado en el paraíso.
Talvez masque un tallo
que le nuble el recuerdo
y apague la mirada de agua
de una mujer
más asediada que su reino.
A lo mejor, o a lo peor,
usted haya encallado
en la arena
de grandes hazañas
hundidas en la memoria
de un convicto
y solo sea ahora
un viejo mañoso y timador
que trafica en distancias
porque ama la gloria.
A lo mejor, o a lo peor,
usted haya encallado
en un paraje amargo
junto a una porqueriza.
Que lo llamen Nadie
le permitirá fugarse
ante el ojo macerado
como una uva
de un cíclope borracho.
Yo, polizón de su nave,
un furtivo ladrón
desconocido,
aprendi de sus trucos
y puedo esperarlo

en un muelle sin mar,
a punto de zarpar
desde las puertas
del libro comprado
en un mercado de olvidos.

MÁS POLVO QUE CENIZA

Un gran señor
que juega al supremo
decide convertir
a Alguien en Nadie
o en Ninguno.
Las gentes le llamarán
en adelante el N.N,
el esfumado,
el innombrable
de las huellas perdidas.
Abogados y latinistas
para dorar su oficio
y darle un alias
a un túmulo de huesos,
lo llamarán
-como a un sombrío
emperador del vacío-
con el nombre
de Nomen Nescio
o Numerio Negidio.
De la A a la Z
los sin nombre
serán despojados de sí
tras cruzar una esquina
prohibida,
una zona de riesgo,
un río sin orillas
que fluye
a la boca del vacío
y a su famélica nada.

A MAESE QUEVEDO

"Vivo en conversación con los difuntos"

FRANCISCO DE QUEVEDO

(En la Torre de Juan Abad)

Yo también vivo,
maese Quevedo,
en larga conversación
con los muertos.
He escrito cartas
a gentes que solo existen
tras las lápidas de un libro,
enviadas
sin la ambición
de una respuesta.
A falta de una mujer
que hace mucho anda
envuelta en bruma,
le escribí a un flautista
que pastorea ratones
lejos del reino
de mi biblioteca,
a un capitán arponeado
por la luz
de una ballena blanca,
una carta a un gris habitante
de un modesto barrio
de Praga
aconsejándole que huya
de la primera página

del libro
en el que amanecerá
convertido en bicho irredento.
Oficios de soledad,
maese Quevedo,
escribirle a un niño
que no quiere crecer
por no callar su exasperante
tamborileo,
a un desgalichado
y pulcro coronel
al que nadie escribe
y envejece
enamorado de la espera,
a un Cónsul de sí mismo
ahogado en mezcal
en una callecita de Cuaunáhuac
o a la niña que huyó
del mundo por medio
de un espejo.
No lo juzgo
si no me respondiera,
sé que no hay buzones
en los cementerios
ni siquiera uno fabricado
por Forneret,
el desconocido,
el casi inexistente,
el Hombre Negro de Dijon.

SILABARIO DEL CERRAJERO

“No sé cómo
has podido entrar
cuando no existe llave
para abrir esta puerta”.

JUAN RULFO

Hacer llaves sin puertas
es tentar a la Nada
más aún que hacer puertas
sin llaves,
murmura entre goznes
el cerrajero del barrio.
De niño, por su colosal apetito
y un oficio de familia
lo llamaban el tragaldabas.
Imaginaba una puerta secreta
entre el palacio y la choza,
entre el bosque y el desierto,
en sueños escondía su llave
bajo la alfombra del mar.
No obstante entraba y salía
entre dos nadas,
del pasado muerto
a un futuro por nacer.
Bello y melancólico
era su pequeño taller de brujo:
cerrojos ciegos, bisagras rotas,
tornillos sin cabeza,
un precario museo de la herrumbre.
Hoy lo supe

de regreso a estas calles:
la oscura visitante, incorregible,
puso candado a su paisaje.

Medellín, La Floresta, junio 11 de 2016

ESQUELA DE CASI ABRIL

Un día
de casi abril
visité al poeta
en su pequeño
paraíso.
Sonaba una música
que en algunos
salones llaman tango
y que es una forma
de
llover
gotas amargas
en los vasos.
La verdad
no sabía que Nadie
fuera amigo del poeta
pero puedo asegurar
que ahí estaba
con el aire ausente
y noble
de las fronteras
del silencio
y supe que a veces
visita
su habitada soledad
lejos de los dueños
de la ciudad
y los corifeos
que hablan
una lengua engolada
y obediente.
Cuando la cosa
se pone fea

nuestro amigo lava
las palabras
les quita el sarro
de los días
y nos entrega
unos poemas
como quien
hace pan
o dice caballo
como quien se sabe
el dueño
de su pequeño
paraíso.

Para Óscar Hernández.

LA ÚLTIMA CARTA

...Entonces
lo invadió la sombra
y empezó
a roerlo, lentamente.

Su propia sombra
iba
acostada y maltrecha
en la camilla,
un armatoste blanco,
un camastro de guerra,
el trono de un paria.

Las sombras
de los camilleros:
4 espejos negros
en camino
a Marsella.

La gran penumbra
empezó a mascarlo
a pesar de su sabor
a veneno dulce,
a trago amargo.

Su propia sombra,
una actriz de reparto,
no se acostumbraba
al papel de viuda
ni a su andar de balandra.

...Entonces
empieza a ser

un poco de las huestes
de Nadie:
la pierna de Rimbaud
yace en un rincón
del hospital
sin muestras de atesorar
planicies y Abisinias,
mesetas y horizontes.

Ni él ni su otro
acuden a su entierro.

¿Y las sombras?

Cansadas
de sí mismas,
redimidas
de su oficio de pajes,
se fueron a dormir
en otro puerto.

Ya era de noche.

BOLETÍN DE NÁUFRAGO

Triste, o conmovedor, según la arena a la que llegue,
un mensaje de náufrago escrito con espasmos
y mala ortografía. Triste o conmovedora la única
frase legible escrita con tinta de olvidos,
una línea que repite como el mantra de un caracol
la palabra mar y la palabra cielo, intermitentes
como un faro envuelto en la mortaja de la niebla.

EN EL BUZÓN DEL DIFUNTO

Aún
llegan cartas
al buzón
del hombre muerto.
Seguros de vida,
anuncios de ventas
de garaje,
ofertas de viajes
a Bahamas o Jamaica.
La portera
pegó en su muro
una tarjeta dorada
que lo invitaba
a un baile de gala.
Aún le envían plegables
del gimnasio del barrio
y los mormones
siguen dejándole
promesas
de salvación.
En su buzón
de hojalata
se desliza
el programa
de un partido político
que le augura
un mundo mejor.

DE PARTE DE NADIE

Nadie
deja razones inciertas
bajo mi puerta.
La soledad
no está sola,
está llena de Nadies.
Ignoramos
su ubicuidad,
sus extensos dominios,
su falta de amos.
Creo conveniente
compartir noticias
de su paso, decir
como un asunto
del habla corriente
la irrefutable expresión
“libre como Nadie”,
que es decir
libre como el aire.
O quizás, terco
como Nadie,
que no se cansa
de acompañar
pájaros heridos,
parvadas de tejas
arrebatadas
por un pedazo de viento.
Hay quien dice
que los mudos
escriben como él
en los tableros del aire,
que no sienten menoscabo
al compartir

la lengua de Nadie
ni por ser diestros
en lenguas olvidadas:
una de ellas
el esperanto del vacío.
Los mudos tienen
atorado a Nadie
en la garganta.

AL CÓNSUL, BAJO UN VOLCÁN

Usted está muerto
antes de vivir
el día de los muertos.

Antes de tener insectos
en el termitero del corazón,
como el gusano
que se ahoga
en un pozo de mezcal.

Es el suyo un anticipo,
la víspera de una fuga
envuelta en una luz
amorosa y doliente.

No fue a México
como el amargo mister Bierce
buscando una eutanasia
en medio de la Revolución.

Ni siquiera llegó atraído
por la *Serpiente emplumada*
y el sueño de ser devorado
por Cuculcán. Menos aún como
el endiablado e irredento
bebedor de la noche, San Malcolm,
San Malcolm Lowry, que quería
morir tocando el ukelele.

Usted fue a Morelos
en el año de desgracias de 1936
tras las huella de otras huellas.

No supo cómo llegó a vivir
-y a morir-
en la parpadeante noche
de un día de difuntos,
de cementerios
poblados de cirios
como lenguas de fuego.
¿Cómo llegó arrastrado
por el demonio del alcohol
y su ciego lazarillo
hasta un poblado
visitado por una primavera
que cubre de jazmines
infiernos secretos?

¿Cómo fue a parar
a la pequeña ciudad
que duerme como un perro
a las faldas de un volcán?

Cuauhnáuac
entró al mapa de su fiebre
gracias a la llave maestra
de sus pasos. Un villorrio
al que su alma seguirá
visitando en sus 18 iglesias
y en sus 57 cantinas.

Usted está muerto.
Le deseo planicies de agave
y puertas abiertas a las cantinas
del sueño.

La vida, una inmensa errata
en el libro del Creador,
lo llevó a su destino,
como si las manos de Orlac,
un transterrado, un hombre trunco,

“un artista con manos de asesino”
con el que habrá de tropezar
en la sala del teatro Ocampo,
lo condujera como un fardo
hacia el último abismo.

¿Quién es usted, señor Firmin?

Una luz apuñalada, el fraguador
de un códice de la ebriedad
y de la muerte, un Cónsul
aún vestido de etiqueta
pero ya sin calcetines
que pide asilo en las cantinas.

Del Salón Ofelia
al Farolito, del Farolito
al camastro,
no es bueno bailar
el vals de los ausentes.

Usted es un hombre
que despluma ángeles
en la penumbra
y mete los restos de sus alas
en vasos de mezcal
mientras evoca la canción de Strauss
que dice que “una vez al año
los muertos viven un día”.

He ahí su talante de hombre vivo
en la noche de los muertos,
de hombre muerto
en el día de los vivos.

La sombra de Yvonne,
una sombra perfumada,
más dulce
que el sacramento del mezcal,

la sombra de Yvonne
como la de un mito invertido
en el que Eurídice
quiere salvar a Orfeo del Hades,
sacarlo del reino de los muertos,
esa sombra tenue no le servirá
para reparar su flauta abollada
por tantas caídas.

Ya no vale la pena,
Geofreyy Firmin,
que intente afinar
la orquesta del diablo,
su orfeón de rostros vagos
tocados por el delirium.

¡Ah!, cómo lo persigue
un dios vagabundo
calzado con guaraches,
un dios campesino
oloroso a jengibre y limón
que aparece siempre
a la puesta del sol.

Usted está muerto, requetemuerto
bajo el Volcán, lo está
con un Cuauhnáhuac
de pedernal clavado en el pecho,
con un Popocapetl de azufre
que humea en su cerebro.

Sus ojos nerviosos
ven cruzar puebluchos
con sus iglesias córvidas,
iglesias encorvadas
como picos de urracas,
como los hijos que llevan al padre
cargado en la espalda

desde el nunca hasta el siempre.

¿Y si la muerte fuera
esa anciana de Tarasco
que juega al dominó en la cantina
a las 7 de la mañana?

¿Y si usted fuera la ficha marcada
de un dominó siniestro
que picotea el polluelo,
un raro y nervioso animal
que la anciana oculta
bajo su huipil o en su negro blusón?

¿Y si el demonio
vestido de ranchero
solo quisiera crucificar sus palabras?

Quién si no la muerte
es una sombra que le envía
sus guiños maliciosos
desde una cantina sin nombre,
una cantinucha
que abre y cierra sus puertas batientes
a la noche. O que a veces deja escapar,
como un potro que huye del establo
unas cuantas migajas de milagro.

Porque usted está en Cuauhnáuac,
y es por eso y solamente por eso
que puede esperar que brote
de la niebla o la floresta
un Aduanero trepado al lomo
de un tigre flamante
como el de William Blake.

Usted está muerto. Bien muerto,
como lo anuncia
en medio de fogonazos

un caballo sin jinete
en medio de la tempestad.

Está muerto porque así
lo quieren los sinarquistas
o los que buscan monedas de plata
en cada delación, o el hambre
de puñal que hay en la cruz
de metal de los Cristeros.

Todo porque un hombre habitado
por sí mismo
y que todo lo mira desde sí,
siempre será un renegado,
un relapso, siempre resultará un espía.

No importará
el santo y seña indicado.

No importará
que responda “sí”
cuando le pregunten: -“¿Quiere usted
la salvación e México?

-“¿Quiere usted
que Cristo sea nuestro Rey?”

Aunque sea inútil prevenirlo,
esconda bien bajo el saco
las cartas de su amor
escritas en un presente ya gastado.

Nada importará si dice “no”
cuando de nuevo le pregunten:
-“Quiere usted la salvación de México?”

-“¿Quiere usted
que Cristo sea nuestro Rey?”

Porque lo que usted quiere en verdad
es la salvación de su alma
-un pájaro al borde de un cráter
a punto de entrar en erupción-
y solo cree que el mezcal
sea el Cristo Rey, la salvación fugaz,
mientras algún carpintero
prepara el oculto árbol
que en forma de cruz
señala los puntos cardinales del viento.

Prepárese, vaya enterándose
de que ya está muerto,
como lo estará su cuerpo
arrojado a la negra barranca
donde yace un perro igual de muerto
y quizá con más dignidad consular
que la que su señoría ha gastado
en mesones perdularios.

Usted está muerto,
como quien dice
a las puertas de seguir
viviendo su propia Noche Triste.

Usted está muerto,
admirable y digno Cónsul del Olvido,
y lo estoy yo,
aunque siga en la antesala,
en la lista de espera,
mientras una ronda de sombras
vela el cadáver de Nadie en una choza.

SAN GREGORIO NADA

Le escribo a la habitación del alféizar de hojalata,
Charlostrasse, ciudad de Praga.
No soy entomólogo ni biólogo marino,
pero sé que mañana, un día cualquiera
del remoto otoño de 1917, por designios de su creador
y por su capricho tornadizo, usted pasará de su condición
de vendedor de seguros, de resignado viajante,
a morar en el cuerpo de un monstruoso insecto.
No soy entomólogo ni biólogo marino, pero le escribo
en víspera del horror. Mañana, con solo despertar,
nacerá a una terrible pesadilla. Ser hijo de una pareja
de filisteos, así llamaba a sus beneméritos padres
el señor Nabokov no es, necesariamente
el dispositivo para adoptar una doble condición humana
sino, en su caso, abyectamente inhumana.
Desde mañana su guillotina podría ser
la pantufla redentora que habrá de sacarlo de su triste,
de su enajenada vida de patas largas y más largas jornadas.
¿Crustáceo? ¿Cucaracha? ¿Araña? Cualquiera
de estos bichos podría afectar aún más
el asma de su hermana Grete.
No se cómo habrá de sentirse usted tras el alba,
cuando su vientre y su espalda le digan a sus ojos
que ya no pertenece a la raza de los hombres
sino a la de los antrópodos insectos invertebrados
en un mundo de espejos que se rebelan. Es bueno
que no oiga el violín de su hermana, más afinado
que el violín de un grillo en el comedor,
tras el asombro de los huéspedes en la casa Samsa.
Un aria dulce es peligrosa para un insecto
al que aún puede conmoverlo la belleza. La belleza,
que le agregará más desgracias e impotencias
a un mundo como el suyo, el reino calcáreo

de la exclusión humana. Usted habitará en los bordes
del lenguaje, musitando silencios e impotencias
como una vieja que mastica, una y otra vez, sus mantras
o sus jaculatorias. No soy entomólogo ni biólogo marino
ni tengo relaciones insectuosas con el mundo,
pero sé que mañana, un día cualquiera de 1917,
usted aparecerá estampado en la primera página de un libro,
así como aparece un crimen en las crónicas rojas.
Qué maldición amanecer convertido en monstruoso insecto,
con las señales particulares invadidas por un olvido
que poco a poco lo borrará del clan de la familia. Ya no será
el inquilino de sí mismo, el guardían de su piel
o de sus huesos.
Le recomiendo huir de inmediato de su lánguida
y un tanto floreciente familia, de su cama de solterón,
del monocorde tictac del reloj despertador,
de su pequeña habitación trocada en celda,
de las puertas batientes entre su ser y su nada,
del errático edificio de apartamentos en el que vive
la oscura trinidad de sus parientes, de la calle plomiza
donde sin duda a toda hora llueve,
del barrio que alberga una holgada y burguesa judería,
de la ciudad de Praga, del mapa de Checoslovaquia,
de la Europa Central, del mundo y la vigilia. Le recomiendo
no despertar para evitar la más horrenda pesadilla.
Reciba una botella de emergencia, una voz de alerta
que aún así supongo enviada a destiempo.

OTRAS SEÑAS A ODISEO

Sé que la impostura siempre
es su aliada en el reino
de las máscaras,
conozco su capacidad
de saber
cuál es el tiempo de ponerse
vellón de cordero
o atavíos de guerra.
Usted pertenece
al bando de los zorros,
a la legión de los astutos,
de los parias
que deciden hacer de su piel
un soberbio escondite.
Puede ser al mismo tiempo
el arco y la flecha,
el disparo y su presa.
Alguna vez creí
que las sombras de sus flechas
debían producirles
las mismas heridas
a la sombra del jabalí
o del venado.
Cuando leí
el prontuario de sus artimañas,
imaginé
que las sombras heridas
se desplomaban en el bosque.
Pisotee de nuevo las uvas
del viñedo de Polifemo,
produzca un vino
rumoroso, ebrio de sí mismo,
un licor borracho

que se agite
cuando pase una mujer
vestida de silencio.
Un hombre como usted,
guerrero entre guerreros,
un hombre como usted
que nunca
aprendió a temblar,
lo hará al ver de nuevo
los senos de Penélope.
Atraviese el mar, ese
ojo lloroso de un cíclope.
Usted ha visto
corretear las vírgenes necias
en los surcos de la lejanía
y sabe que la virginidad
es un orzuelo
en el ojo del diablo.
Sé que ha luchado
con grandes guerreros
y no menos grandes
hechiceras. Sin embargo,
una mujer
sin dotes de sacerdotisa,
de bruja o agorera,
una mujer que peina
sus cabellos como el mar
de los ausentes,
lo hará temblar
como una hoja de aliso.
Vuelva al combate
más allá del vientre
con comején
del tosco caballo de madera.

El mar rodea mi memoria.

CARTA SIN RESPUESTA

Escribir
cartas a un fantasma
es pedir voz al silencio,
inmovilidad al mar.
Además de no tener
domicilio conocido
es legendaria
su costumbre
de no responder
al primer aparecido
que lo asalte.
Ni siquiera
toma en serio
a los poetas metafísicos
que se esconden
de sí mismos
y aspiran a tener
su mismo linaje.
No tiene
domicilio conocido
quien se niega a dar
noticias de otra parte.
Supongo que no lee
el torpe garabateo
de quienes no alcanzamos
el grado cero de la nada
y somos apenas
sus futuros semejantes.

EL DÍA DE LA FLAUTA

Dirección:
Cepo de ratones,
Diagonal del Río Weser
y Callejuela del Bosque.
Hamelin. (Baja Sajonia)

Le escribo desde un país entre dos mares.
El sonido de su flauta traversa me llega
desde la infancia, delgado y firme.
Hemos sido arrastrados por su música a otra parte
donde los pies echan a caminar
de cuenta propia y el cuerpo bailotea
entre los árboles.

Veo
el balanceo de su cabeza bajo un gorro de fieltro
arrastrando un rebaño de niños,
lejos de la aldea donde los adultos alientan
el hábito de mentir mucho antes
de que las veletas de los gallitos de hojalata
canten tres veces sobre los techos de las casas.

Si con solo entonar
sus embrujadas canciones
arrastrara tras de sí las legiones de ratas y ratesas
que lo pueblan, el país, aunque quedara vacío,
gozaría del alivio que hace tiempo espera.

Lo veríamos cruzar un mar rojo
seguido por políticos y traficantes, usurpadores,
curas y lamepatas en camino al vacío.

A LOS QUE VENDRÁN

Al entrar malheridos
a otro siglo
vendrán hombres severos
a pedirnos cuentas
por nuestros versos escritos
con hierro en la voz
y más hierro en las espaldas.

Con vago interés
mirarán con pesadumbre
nuestros poemas,
como quien se asoma
a un espacio muerto
como un caballero andante,
como un daguerrotipo.

De algunos dirán:
“Perdieron el tiempo en blandir
un pendón cubierto de moscas
en tiempos de guerra”.

A otros decretarán
la guillotina del olvido
como si fueran
animales extinguidos,
y huirán de los tartufos,
de las tonadas solitarias
de los profesionales del llanto.

Abogado del diablo,
demonio que hace hostias
en las catacumbas del sueño,
si pudiera les pediría

que no sean magnánimos
pero tampoco implacables
al asomarse
a nuestra mísera historia.
Poetas de cromagnon,
nosotros también nos asomamos
con lentes severos
a mirar los versos
de viejos y venerables poetas
que veían rosas
donde solo había coágulos
mientras hacían parábolas
con alcázares y reyes.

Confundidos por el odio,
confundidos por el rencor,
confundidos por la envidia,
hicimos de la palabra
un campo de concentración,
un gueto de viudeces
para preservar un hábito
que diseñara al monje.

No nos juzguen
por las huellas sin camino
ni por los caminos sin huellas,
dos platos
que son la especialidad de la casa,
ni por habernos arropado
en un cuadro clínico
pintado con yodo,
en un cuadro suturado
con agujas de tejer.

No nos condenen
por tener que escribir
palabras envueltas en gasa,
historias narradas

al pie de las fogatas,
sagas bandoleras
de traiciones entre hermanos.

Algún verso llegará
de los que escribimos
para darle playa al naufragio,
un verso que se salve del juicio
de hombres y mujeres
salidos de la niebla de mañana.

No será tarde
si nos dicen
que sus miradas son limpias
y que no oyen el eco
de las guerras muertas.

No estaremos
para reirnos juntos
de que el mundo
nos pareciera
un barco que se hundía
sin remedio en las arenas.

Ensayo una defensa,
no negamos la vida tres veces:
envidiamos en secreto
la vastedad del silencio.

OBITUARIO DEL INCIERTO

Todos los días
acude a la oficina de catastro.
El amor
cruza cerca a su casa
(Calle 23 Número 19-A- 35)
pero sigue de largo.
Los vecinos
le prodigan
un trato de fantasma.
La casera, en su defensa,
afirma
que en su alcoba
tiene un diploma
que certifica su existencia.
El obituario, a su vez,
destaca que fue
un hombre postergado,
un paciente funcionario
de la oficina de catastro.

POSDATA:

En un sueño me veo entregándome un carta enviada a mí mismo. Tengo la sensación de que me he buscado inútilmente y que a lo mejor no me encuentro porque no me he perdido. Por la mañana, al terminar de garrapatear este libro y luego de leer sobre el empadronamiento de 136 poetas que vivieron bajo el mismo techo y el mismo gabán de un poeta de Lisboa, oigo una campana que llama al desasosiego. La carta que me entrego está escrita en caracteres que no entiendo. Tal vez porque he querido ser otros, la misiva venga de parte de Babel y de una precaria transfusión de almas. En la pared del baño, el inevitable déja vu del espejo.

RELOJ DE ARENA

Habitado
por el paso de un
beduino, habitado
por el espejismo
que ve amores
eternos
en el
viento y
en las dunas,
las horas pasan
en caravana,
gobernadas por
el implacable señor
de los vacíos.

JUAN MANUEL ROCA

© Rafael Espinosa

Juan Manuel Roca

Fue coordinador y director del Magazín Dominical de *El Espectador* (Bogotá). Doctor Honoris Causa por la Universidad del Valle y la Universidad Nacional de Colombia. Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, Premio de Periodismo Simón Bolívar, Premio Nacional de Cuento Universidad de Antioquia, Premio José Lezama Lima (Casa de las Américas, Cuba), Premio Poetas del Mundo Latino (México), Casa de América de Poesía Americana, Madrid, y Ciudad de Zacatecas, México. Autor entre otros libros de *La farmacia del ángel*, *Las hipotesis de Nadie*, *Biblia de pobres Temporada de estatuas* y *Pasaporte del apátrida*.

En 2017 fue poeta homenajeado en el Festival Internacional de Poesía en Costa Rica. En 2018, en el Festival Internacional de Poesía de Marruecos y en el Festival Internacional de Poesía de Jönköping, Suecia.

Sobre Juan Manuel Roca

«Poeta mío entre los míos, lo que más celebro en él es la

fiereza, esa amarra entre vida y poesía que llega a lo libérrimo, el tono, el tono, como dijo Vallejo, el epicentro de decir el Mundo. Tanta es la afinidad entre visión y lenguaje entre los dos… Leo y releo sus papeles y oigo al abismo en ellos, el tiempo, ese Nadie que tanto lo estremece. A caballo en su Nadie va y viene Juan Manuel y oigo el relincho hasta las estrellas», Gonzalo Rojas.

«La poesía de Juan Manuel Roca viene de las puras cabeceras del hombre. De aquellas zonas manchadas por la salpicadura de los instintos. Su palabra camina a tientas. No en vano ha encontrado en la invidencia uno de los símbolos de su peregrinaje», Héctor Rojas Herazo.

«He visto sorpendido a jóvenes que llevaban en la mano un libro de Roca. He leído citas de sus poemas en los muros públicos. He asistido por fortuna a la comunión entre el poeta y su público. Algo hay en el interior de su poesía que atrapa la sensibilidad de una época», Óscar Collazos.